M. MENÉNDEZ Y PELAYO

NOTAS A *CANCIONES, ROMANCES Y POEMAS* DE JUAN VALERA

Quiere mi amigo don Juan Valera que yo comente o ilustre sus poesías, poniendo de manifiesto el sentido interno de algunas de ellas, y apuntando de paso el origen de los versos traducidos o imitados, que en el presente libro se encuentra. La empresa tiene para mí tanto de grata como de dificultosa. La especial calidad de estos versos, que el doctor prologuista de la primera edición calificó muy atinadamente de «poesía sabia»; la variedad de sus orígenes, derivada de la rarísima cultura del autor; el jugo de ideas y de doctrinas que muchas de estas composiciones encierran; las alusiones históricas, mitológicas y geográficas que en otras abundan, harían el comentario de ellas, si con rigor se hiciese, no menos voluminoso que el de Herrera a Garcilaso, y exigirían en el comentador tanta copia de erudición, por lo menos, como la que mostraron Faria y Sousa anotando a Camoens, o Salcedo Coronel a don Luis de Góngora, o Clemencín a Miguel de Cervantes. Para lo segundo me siento sin caudal y sin fuerzas, y lo primero quiero evitarlo a todo trance, por no incurrir en el vicio de intolerable prolijidad, abultando un volumen ya harto grueso, en el cual es seguro que los lectores han de buscar los versos del señor Valera y dejar a un lado, con sobra de justicia, mis notas, que, aun siendo mías, tendrían forzosamente algo de la impertinencia que acompaña a todas las glosas y comentarios del mundo; trabajos estériles para el común de los doctos y poco gratos al paladar de los ignorantes.

Por otro lado, el comentario mejor, el más profundo, el más sincero, el más elocuente, lo ha hecho el autor mismo en la carta-dedicatoria que va al frente del libro, y que seguramente ha

de ser leída con deleite y con asombro por los muchos apasionados de la prosa del señor Valera. En este documento, a mi entender, admirable (y creo que la gratitud no me ciega en esto), el señor Valera nos expone sus ideas sobre el arte, nos declara cuál ha sido su ideal poético, nos confiesa, con rara franqueza, sus temores y desfallecimientos, y las razones que tiene, no obstante, para considerarse poeta, y hasta nos dice algo sobre el pensamiento y la traza del poema que en sus juveniles años meditó llevar a cabo, y cuyo primer canto es una de las joyas de esta colección con el título de *Aventuras de Cide-Yahye.*

Si a esta carta se agrega el prólogo que don Antonio Alcalá Galiano puso a la primera edición de estos versos, en el cual prólogo, con toques magistrales, como de quien son, se interpretan algunas de estas poesías, y se ponen de realce sus peculiares excelencias y se discurre con alto sentido crítico sobre el género a que pertenecen y aun sobre los modelos predilectos del poeta, resultará hecho lo mejor del comentario, en el cual, por otra parte, se me veda toda alabanza y también, por consecuencia forzosa, toda crítica, puesto que crítica laudatoria había de ser casi siempre la mía, siendo como soy discípulo del señor Valera, admirador ferviente de su estilo y secuaz de su manera y escuela poética, aunque con fuerzas muy desiguales e inferiores a las suyas.

Quizá estas mismas circunstancias, y el conocimiento que tengo de la índole y genialidad del autor, a quien estoy muy unido por tantos lazos de gratitud y de amistad, me hagan menos inepto que otro cualquiera para sentir y conocer ciertos primores de idea y de forma que se hallan en estos versos, y que quizá no resalten tanto a los ojos del vulgo como resaltan a los míos, después de haber leído repetidas veces las poesías del señor Valera, y conservarlas, años hace, en lugar muy privilegiado de la memoria. Por eso me lisonjeo de que yo acertaría con pequeño esfuerzo a aquilatar y poner en su punto las bellezas de la poesía del señor Valera, que, por no ser de las que a primera vista deslumbran más los ojos, no han sido tasadas hasta el presente en su justo valor, aunque esperamos que han de serlo ahora, gracias al progreso que en España han hecho las ideas críticas, tan remotas hoy del punto en que se hallaban en 1858, fecha de la primera edición de este libro.

El señor Valera tuvo como poeta la desgracia de llegar demasiado pronto, de adelantarse a la época en que comenzó a florecer; por lo cual, si es verdad que agradó a algunos pocos y

selectos jueces[1] que supieron entender y gustar las novedades que el libro traía, halló, en cambio, cierta frialdad en la masa del público, que aún seguía las corrientes románticas, y también en el ánimo de los críticos, enamorados con exceso de las formas oratorias de la oda académica.

Desde entonces, el gusto ha ido cambiando, hasta ser hoy de todo punto diverso. La poesía romántica está tan muerta y olvidada como el clasicismo del siglo pasado. No hay escuelas poéticas, ni nada que se parezca a disciplina tradicional o a rigidez dogmática. El genio individual ha conquistado su autonomía en el campo de la poesía lírica, que ofrece hoy en España, como en todas partes, la variedad más rica y amena, reflejando todos los matices de la idea y del sentimiento. Los modelos más heterogéneos obran simultánea o alternativamente en la educación de nuestros poetas. Ninguno es desdeñado, ni los del Norte ni los del Mediodía, pero ninguno alcanza tampoco perdurable y absoluto dominio. Hoy, Heine o Alfredo de Musset; ayer, Byron o Víctor Hugo; un día, los neoclásicos italianos; otro, los parnasistas franceses.

Unos hacen gala de llevar a la lírica algo de los procedimientos del moderno «naturalismo», y escriben con llaneza no superior a la de la prosa; otros conservan el culto del lenguaje poético, y procuran enriquecerlo más y más con felices invocaciones y adaptaciones. En tal discordia y contrariedad de pareceres, de aficiones, de gustos, de teorías estéticas y hasta de teorías de estilo, justo es que se alce también la voz del señor Valera, a quien, como poeta, muy pocos españoles conocen , y que, sin embargo, tiene su nota lírica, propia, original y característica, y ofrece, además, en su libro, una copiosa y variada antología de poesías insignes y famosas de grandes ingenios extranjeros, con la mayor parte de los cuales no había tenido hasta ahora la Musa castellana trato ni comunicación de ninguna especie.

Bastaría la sinceridad del contenido de este libro para que en él se fijase la atención de todo lector curioso y amante de la belleza artística, puesto que en él aparecen, mezclados en agradable confusión, joyas peregrinas de las dos lenguas clásicas, y de la alemana, y de la inglesa, y hasta de la arábiga y de la

[1] Entre ellos hay que contar a los señores Cánovas del Castillo y Fernández-Guerra (don Aureliano), que publicaron juicios encomiásticos de la primera edición, y también al poeta sevillano don Narciso Campillo, que felicitó a nuestro autor con una brillante epístola inserta en sus *Nuevas poesías*.

indostánica, traídas todas a nuestro idioma con el más exquisito primor y elegancia. Por otra parte, aunque el autor, en su modestia, afirme que si bien «ha consultado a los filósofos y leído lo que dicen, y meditado y pensado por sí, nada ha sacado muy en claro, y se encuentra a estas horas sin Metafísica...», es lo cierto, y debemos decirlo los demás, que pocos, muy pocos merecen en España con tanta razón como él el noble calificativo de pensadores, y que pocos o ninguno, tienen y alcanzan por fuerzas propias tan gran número de ideas metafísicas como las que él ha alcanzado y madurado en su entendimiento, sin necesidad de dogmatizar a oscuras, ni de presentarse como «hierofante» y revelador, o como personaje de especie más sublime que la del resto de los mortales, sino filosofando al aire libre, con una amenidad comunicativa y un halago que de ningún modo dañan a la trascendencia del pensamiento, el cual fluye limpio y sereno, sin tristes cavilosidades ni espinas y arideces propias de los que creen que la ciencia está irrevocablemente reñida con la delectación. Si el señor Valera publicase juntos en un volumen, como yo de todo corazón se lo suplico, los artículos que tiene escritos bajo el rótulo de *Metafísica a la ligera,* no sé yo cuántos españoles de este siglo podrían pasar por más filósofos que el señor Valera, en aquella filosofía que se saca de las reconditeces del espíritu propio, no en la que se elabora zurciendo trozos de Kant, Hegel o Krause, de Santo Tomás, San Severino o Prisco.

Siendo, pues, el señor Valera erudito y pensador, y siendo una y otra cosa en grado eminente y rarísimo, tan eminente y tan raro que quizá tenga el defecto de corresponder a un estado de cultura más adelantado que el nuestro, es forzoso que estas cualidades hayan trascendido a su poesía, «informándola» (como decían hermosamente los filósofos escolásticos), esto es, dándole alma y vida y muy original carácter. Hay, por consiguiente, en los versos del señor Valera, aunque en cifra y de un modo indirecto y simbólico, como conviene al arte, una verdadera doctrina filosófica, o por lo menos los principios y fundamentos de ésta, mediante los cuales el autor razona sus propios afectos e interpreta el espectáculo de las cosas creadas. Es, pues, la poesía del señor Valera, poesía «reflexiva», erudita, sabia y llena de intenciones, todo lo cual dificulta o alarga la tarea del comentario. Y como el tiempo apremia y no es cosa de detener más este tomo, que debiera estar en la calle hace muchos meses, el comentario se quedará por esta vez sin hacer (lo cual no es pérdida grande), y habrán de contentarse los lectores con unas breves y mengua-

das notas, bastantes a probar que en esta colección de versos hay más jugo y sustancia de lo que parece, porque su autor sabe lo que se dice, y canta lo que siente y lo que piensa, al revés de la mayor parte de los que hacen o hacemos versos en España.

En el álbum de María

En la tercera estrofa de esta linda y juvenil composición hay una evidente reminiscencia de Góngora:

> El dedo colocado
> sobre la dulce boca, adormeciendo
> el velador cuidado.
> .....

Trae en seguida a la memoria aquella hermosa canción:

> Dormid, copia gentil de amantes bellos...
> .....
> dormid, que el Dios alado,
> de nuestras almas dueño,
> con el dedo en la boca
> os vela el sueño...

Es, quizá, el único remedo de los versos del antiguo poeta de Córdoba, en los versos de este otro poeta cordobés, tan desemejante de él en todo, como no sea en la lozanía del lenguaje.

La maga de mis sueños

En esta composición de fecha tan lejana (1842) comienza a descubrirse el singular parentesco que existe entre la inspiración lírica de nuestro autor y la de Leopardi, a quien de seguro no había leído entonces. Compárese (por no citar otras) la canción *Alla sua donna* con la presente, y saltará a los ojos un aire de familia que no nace de imitación directa, sino de identidad de sentimientos:

> *Cara beltà che amore*
> *lunge m'inspiri o nascondendo il viso.*
> *Fuor se nel sonno il core*
> *ombra diva mi scuoti,*
> *o ne, campi ove splenda*

più vago il giorno e di natura il riso;
forse tu l'innocente,
secol beasti che dall oro a nome,
or leve intra la gente
anima voli... o te la sorte avara
ch'a noit t'asconde, agli avvenir prepara?
.....

Se dell eterne idee
l'una sei tu, cui di sensibil forma
sdegni l'eterno senno esser vestita,
e fra caduche spoglie
provar gli afanni di funerea vita;
o s'altra terra ne' superni giri
fra' mondi innumerabili t'accoglie,
e più vaga del sol prossima stella
t'irraggie, e più benigno etere spiri,
di qua dove son gli anni infausti e brevi,
questo d'ignoto amante inno ricevi.

Por estas y otras semejanzas evidentes, afirmó, con razón, don Antonio Alcalá Galiano, en el prólogo de estas poesías, que el autor podía llamarse condiscípulo, aunque no copista, de Leopardi, cuyas obras dio a conocer en España el señor Valera bastantes años después, mostrando, al juzgarlas, profundísima penetración del espíritu del poeta y del encadenamiento de sus ideas filosóficas; todo lo cual ha sido letra muerta para la mayor parte de los críticos de España y de otras partes, los cuales no han sabido pasar de las primeras páginas del libro, es decir, de las canciones *A Italia* o *Al monumento de Dante,* que son, en medio de sus pompas y esplendores de dicción, lo más académico, lo menos íntimo, lo menos profundo y lo menos «leopardesco» de todo Leopardi.

En la égloga IV de Virgilio

Esta composición, como su título mismo lo indica, está tejida de imitaciones del *Sicelides Musæ:*

Ultima Cumæri venit jam carminis ætas,
magnus ab integro sæculorum nascitur ordo.
Iam redit et virgo: redeunt saturnia regna...

At tibi prima, puer, nullo munuscula cultu...
Molli paulatim flavescet campus arista,
incultisque rubens pendebit sentibus uva
et duræ quercus sudabunt roscida mella,
.....
ipsæ lacte domun referent distenta capellæ
ubera; nec magnos metuent armenta leones.

El poeta a quien comentamos ha admitido la idea dominante en los apologistas cristianos desde los primeros siglos, apuntada ya por Lactancio en sus *Instituciones divinas,* de considerar esta égloga IV virgiliana, no como una mera composición gratulatoria por el nacimiento del hijo de Polión (para lo cual parece demasiado hiperbólica y pomposa), sino como un vaticinio de la próxima venida del Redentor del mundo, anunciado en las profecías de las Sibilas. Es indudable que en los años que precedieron al mayor acontecimiento de la Historia, había en todos los espíritus generosos y excelsos un vago presentimiento de alguna grande y trascendental renovación, que había de purificar y regenerar al mundo. La «ocasión» de la égloga virgiliana pudo ser el regocijo doméstico de la casa de Polión; pero en el fondo del alma del poeta palpitaba mayor sentimiento y le hacía, de una manera casi inconsciente, intérprete de las grandes esperanzas humanas en aquella ocasión crítica y solemne. No tuvo Virgilio espíritu profético, en el sentido que la Teología da a esta frase; pero por algo llamó la antigüedad *vates* a sus poetas, y tenía, además, el mantuano una tradición oscura, pero respetada, que le dio materiales para su horóscopo, documento sublime de la expectación que sobrecogió al mundo pacificado por Roma, en los días inmediatos al cumplimiento de las profecías de los *videntes* hebreos. «Todas las miradas se volvían hacia Oriente», dice José de Maistre.

Sobre el uso que la Edad Media hizo de esta égloga, nos remitimos al libro de Domingo Comparetti *Virgilio nel medievo,* uno de los trabajos más monumentales de la erudición moderna.

A Lucía

En esta serie de composiciones eróticas, que deben contarse, sin duda, entre las más bellas del autor, desarrolla y expone éste, por modo poético, su concepción del amor y de la hermosura,

idéntica en el fondo a la de la escuela platónica, ya se la considere en el *Fedro* y en el *Symposio,* del maestro, ya en las *Eneadas,* de Plotino; ya en el *Convite,* de Marsilio Ficino; ya en los *Diálogos de amor,* de León Hebreo. Esta doctrina ha tenido la virtud no sólo de inspirar sistemas de metafísica y de estética, sino de inflamar y despertar el estro de muchos poetas de la Edad Media y del Renacimiento y aun de tiempos más modernos, comenzando por Dante y Petrarca, continuando por Ausias March, Camoens y Herrera, y terminando por Leopardi, el cual ha dado a la concepción platónica un sentido más alto, enlazándola con sus ideas acerca del dolor y del mal, las cuales vienen a constituir una filosofía pesimista de la voluntad, generalizada y objetivada en términos análogos a los de Schopenhauer.

El platonismo erótico es el alma de los versos amatorios del señor Valera, especialmente de estas canciones *A Lucía,* compuestas en Nápoles bajo la influencia evidente de los grandes maestros italianos. El soneto

> Del tierno pecho aquel amor nacido

no disonaría entre los mejores del *Cancionero* del Petrarca, y aquella *cuarta esfera* es como la marca o el cuño de fábrica. Las dos canciones también son petrarquescas; pero no en el sentido de imitación servil, que no cabe en la índole del poeta, sino en el sentido en que lo son las de Leopardi, es decir, moviéndose en una esfera de luz ideal, semejante a la de Petrarca, por más que esta luz emane de otro foco que la del antiguo poeta. El fondo de las ideas pertenece, evidentemente, a la filosofía platónica, aunque vaya mezclado con algo más mundano. El amor que el poeta siente es «sed de un deleite del cielo»,

> Que el alma acaso percibió en su vuelo,
> antes que forma terrenal vistiera.

Así se explica la generación del amor en el *Fedro.* El alma, mediante la *reminiscencia,* al contemplar la hermosura terrena, recuerda aquella soberana e inmaculada hermosura que antes percibió en otros mundos. Y al contemplarla le nacen al espíritu alas, como enseña Platón y nuestro poeta repite:

> ..... y de ligera
> luz a mi corazón brotaron alas,
> para que en pos de su ilusión corriera.

Este amor es deseo de hermosura, la cual se manifiesta en la admirable ordenación de las cosas creadas.

Símbolo y forma del pensar divino,

trasunto de la belleza suprema e incógnita, y escala por la cual el espíritu va elevándose a la contemplación de la increada belleza, procediendo por grados, de los hermosos cuerpos a las hermosas almas, de éstas a las ideas puras, hasta llegar a la idea simplicísima de belleza, que es eterna, inmutable absoluta, no sujeta a decrecimiento ni a mudanza. Pero antes de llegar a esta idea pura, inmóvil y bienaventurada, peregrina el espíritu largamente por las cosas perecederas y caducas, deteniéndose y absorbiéndose a veces demasiadamente en ellas, de donde resulta el amor profano, que se distingue del amor místico por razón de su objeto, pero no por razón de la tendencia o impulso inicial, que en uno y otro caso guía al alma enamorada. Lo que sucede es que el alma suele detenerse o distraerse en el camino, como acontece a la mayor parte de los platónicos de afición y lo aconteció también a nuestro poeta, según testifican estas dos canciones suyas, tan tersas y tan gentiles, que, en su género, no temen la competencia con otras algunas de nuestro Parnaso, ni por lo delicado y exquisito de los conceptos, que jamás degeneran en pueril y enfadoso metafisiqueo, ni por el primor aristocrático de la forma.

La idea de la *reminiscencia* reaparece con frecuencia en estas canciones:

Un recuerdo lejano
de otra esfera quizá o de otra vida.
.....

«Te conocía», exclama el poeta en otra ocasión, y aun no duda en añadir, como el más fervoroso discípulo de Plotino:

En un mundo mejor ambas se amaron.

Todo lo cual debe tomarse por mera fantasía poética o por un modo sutil e ingenioso de insinuarse en el ánimo de la dama a quien los versos se dirigen, puesto que, aun siendo bella y poética la doctrina de la reminiscencia, riñe de todo en todo con los principios de la sólida filosofía. Sin duda nuestro autor tendría

puestos los ojos y la afición en aquel hermoso pasaje del *Fedro,* en que el más grande de los discípulos de Sócrates nos enseña que sólo el conocimiento de la Filosofía restituye al hombre sus alas y le hace recordar las ideas «que en otro tiempo vio», y despreciar las cosas que decimos «que son», y volver los ojos a las que «realmente son». Toda alma de hombre (añade Platón) ha contemplado en otro tiempo la verdad; pero el recordarla no es para todos, o porque la vieron breve tiempo, o porque al descender a la Tierra tuvieron la desdicha de perder la memoria de las cosas sagradas. Pocos quedan que las recuerden; pero estos pocos, cuando ven algún simulacro de ellas en este bajo mundo, salen de su seso, y ellos mismos no se dan cuenta de la razón, acertando solamente a vislumbrar entre oscuras nubes aquella nítida hermosura que en otro tiempo vieron resplandecer al lado de Jove y de los otros dioses. El que no está iniciado en estos misterios, vase como una cuadrúpedo tras del deleite; pero quien está iniciado y ha contemplado en otro tiempo las ideas, en viendo un cuerpo hermoso siente al principio una especie de terror sagrado; pero luego le contempla más y le venera como a un dios; y, si no temiera ser tenido por loco, levantaría a su amor una estatua. Experimenta un ardor insólito, y, bebiendo por los ojos el influjo de la belleza, comienzan a brotarle las alas y siente extraño prurito y dolor, como los niños en las encías cuando empiezan a brotarles los dientes.

Todo esto, hasta lo de las alas, se repite en los versos amatorios del señor Valera. El cual reproduce también aquella idea, eminentemente plotiniana, de considerar a Naturaleza como el espejo de la propia fórmula o idea de hermosura que lleva innata el alma:

> Mas cual en terso espejo cristalino
> me mostraba doquier Naturaleza
> mi propio corazón tierno y ufano,
> .....
> Y de mi propio amor y su hermosura
> enamoréme, *enamorado de ellas.*

Es idea que el gran maestro de la escuela de Alejandría desarrolla de un modo profundo y admirable en el libro VI de su primera *Eneada.* Según Plotino, la belleza se funda en semejanza, y por participación de nuestra belleza decimos que las otras cosas son bellas. Como el alma es cosa excelentísima, se alegra

cada vez que encuentra algún vestigio de sí propia, y mediante la fórmula de hermosura que ella posee, reconoce en los cuerpos la hermosura, que sería la *idea* misma si se la abstrajese de la materia. El alma, pues, contemplando la forma que en los cuerpos vence y subyuga a la informe materia, y congregando la belleza dispersa en el mundo, la refiere a sí misma y a la forma individual que posee, y la hace consonante, y amistosa, y armónica con esta forma íntima. Las armonías de la voz son producidas por otras armonías latentes en el alma, y hacen que ésta perciba su propia naturaleza reflejada en las cosas. El señor Valera, abundando en las mismas ideas que Plotino, repite al fin de su primera canción, dirigiéndose a la señora de su voluntad:

> De tu misma hermosura te enamora
> *que aquí en el alma retratada llevo.*

Ausias March, uno de los más grandes entre los amadores platónicos y petrarquistas, había vislumbrado la misma verdad sin conocer a Plotino. Daba por razón de su amor el encontrar en su propia alma gran parte del alma de su señora:

> *Per molta part de vos qui trob en mi;*

y enseñaba que el amor vale cuanto vale el amador, así como el sonido es según el órgano que lo produce.

En los últimos versos de la canción segunda del señor Valera parece sentirse como un eco lejano de Leopardi en su estupenda elegía *Aspasia:*

> ..... *Non cap in quelle*
> *auguste fronti ugual concetto...*
> ..... *che se più molli*
> *e più tenui le membra, essa la mente*
> *men capace e men forte anco riceve.*

El amor

Variaciones sobre el mismo tema platónico. La mayor parte de las ideas de este fragmento proceden del *Convite* o *Symposio,* en aquel divino pasaje en que Sócrates expone a los comensales del poeta trágico Agatón la enseñanza que recibió de una foras-

tera de Mantinea llamada Diótima, gran maestra en purificaciones y en exorcismos. Pero también otras ideas de las expuestas por los convidados de Agatón encuentran eco en la poesía del señor Valera, el cual, siguiendo a Pausanias, establece la distinción de la Venus Urania o celeste y de la popular o *demótica,* a cuya distinción responde la de dos distintos géneros de amores.

El poeta y el amor

En este diálogo hay ideas de Plotino: «Quien no abrace más que las formas corporales, vivirá siempre entre tinieblas y fantasmas. Busquemos nuestra dulce patria, la fuente de donde procedemos. No habemos menester ni caballos ni naves para este viaje, sino cerrar los ojos corporales y abrir aquellos otros que todos los hombres poseen, aunque muy pocos los usen.»

Sueños

Composición bellísima, llena de fantasía y de pasión reconcentrada, bastante por sí sola para dar fama a un poeta. La idea contenida en estos versos:

> Pero Amor logra más, a más se atreve,
> y combate con Dios, y de Dios triunfa,

es frecuente en los platónicos cristianos, especialmente en los místicos, y la expone con gran vigor de frases el padre Cristóbal de Fonseca en su *Tratado del amor de Dios:* «El Amor entróse por esos cielos, y cogiendo a Dios, no flaco, sino fuerte; no el trono de la Cruz, sino de Su Majestad y gloria, luchó con él hasta baxarle del cielo, hasta quitarle la vida... Porque nadie es tan fuerte como el Amor, ni aun la muerte, porque puso el Amor la bandera en lo más alto de los homenajes de Dios.»

Es casi inútil advertir que en aquellos versos

> Y las antes recónditas estrellas
> .....

se refiere el poeta a aquel pasaje del *Purgatorio,* en que Dante, por una de esas adivinaciones propias del genio poético en su más

alta esfera, coloca sobre el rostro de Catón la luz de una constelación, incógnita aún cuando el gran poeta escribía, y conocida hoy con el nombre de *Cruz Austral* o *Cruz del Sur:*

Io mi possi a man destra, e posi mente
all' altro polo, e vidi quattro stelle
non viste mai fuor che alle prime genti.

Goder pareva il ciel di lor fiammelle.
O settentrional vedovo sito,
poichè privato sei di mirar quelle!

Com' io dal loro sguardo fui partito,
un poco me volgendo all'altro polo,
là onde il carro già era sparito.

Vidi presso di me un veglio solo
degno di tanta reverenza in vista
che più non dee a padre alcun figliuolo.

Lunga la barba e di pel bianco mista
portava a' suoi capegli semigliante,
de' quai cadeva al petto doppia lista.

Li raggi dello quattro luci sante
fregiavan si la sua faccia di lume,
ch'io il vedea come il sol fosse davante.
.....

Or ti piacia gradir la sua venuta:
libertà và cercando, che é si cara
come sa chi per lei vita rifiuta.

Tu il sai, che non ti fu per lei amara
In Utica la morte...

AMOR DEL CIELO

Nuevas reminiscencias de Platón y de Plotino. «La Venus celeste, nacida de Saturno, esto es, del entendimiento, es tan pura, inviolable y permanente como él, y ni puede bajar a este mundo, porque es de tal naturaleza que jamás se mueve hacia lo inferior: sustancia parada y esencia que en ningún modo participa de la materia.» (Libro V de la tercera *Enéada.)* La picaresca composición de nuestro vate puede pasar por parodia o por maligno comentario de esta doctrina.

A MALVINA

En estos versos, dedicados (como de su contexto se infiere) a una de las hijas del duque de Rivas, hay alusiones a varios poemas de su padre. Sucesivamente se lo compara con la Kerima de *El moro expósito,* con la Leonor del *Don Álvaro,* con la Zora de *El desengaño en un sueño.* La historia de Harú y Manú, a que se alude después, es un mito persa, contenido en el *Shah-Nameh,* de Firdusi. Y el mago Suleimán, que más abajo se menciona, no es otro que el sabio rey Salomón, a quien los orientales, especialmente los árabes, atribuyen mil conocimientos peregrinos, además de los que la Escritura le concede, suponiendo, entre otras cosas, que tenía a sus órdenes los vientos y podía ser trasladado por ellos en breve espacio de un lugar a otro; que entendía el canto de las aves, el susurro de los insectos y el rugir de las fieras; que veía a enormes distancias; que le obedecían sumisos los leones y las águilas; que poseía incalculables tesoros, y un sello mediante el cual conocía lo pasado y lo por venir, y dictaba sus órdenes a los genios para que le construyesen templos y alcázares, etc., etc. Verdad es que de poco le sirvió tanta prosperidad y tanta ciencia, porque, habiéndose dejado arrastrar del orgullo, le reprobó Alá y tuvo Salomón que peregrinar cuarenta días, demandando su sustento de puerta en puerta, mientras que los genios, libres ya de la servidumbre en que los tenía, se apoderaron de su sello y, penetrando en su palacio, forzaron a todas sus esclavas. Esto y otras mil cosas estupendas se refieren en varios libros árabes y aljamiados, verbigracia, en el *Recontamiento de Suleimán,* que ha impreso e ilustrado con su habitual erudición el señor Guillén Robles en el primer tomo de sus *Leyendas moriscas.*

EL FUEGO DIVINO

Esta composición es, a mi entender, la más perfecta del señor Valera. Por la limpieza y serenidad del estilo, y hasta por el corte métrico, pertenece a la escuela de fray Luis de León; pero el fondo de las ideas es enteramente moderno, si bien con cierto tinte místico. Parécenos que el autor se ha inspirado muy de cerca en el famoso y elocuente libro de Herder *Ideas sobre la filosofía de la historia de la Humanidad.* Sostiene Herder que la superioridad de unas formas de existencia sobre otras depende

de la posesión más o menos completa de aquellas propiedades, por medio de las cuales se expresa algo que luego con mayor perfección ha de mostrarse en el hombre, centro de la creación terrestre, que él domina en la virtud del *principio divino* que posee y que le hace apto para el razonamiento, para el ejercicio del arte, para ser libre, para dilatarse sobre la superficie de la Tierra, para la Humanidad, para la religión, para la inmortalidad. Herder concibe el espíritu como un poder orgánico, pero no lo identifica con el organismo ni con la función.

La concepción de nuestro poeta es idéntica a la de Herder. Para uno y otro ese llamado *fuego divino* es el principio que fecunda y anima la materia orgánica; es una fuerza originalmente análoga (según Herder) a las fuerzas de la materia, a las propiedades de la irritabilidad, del movimiento, de la vida, pero muy superior a ellas, porque obra en esfera más alta, en organizaciones más completas y delicadas. «De las profundidades del ser —escribe el pensador germánico— nace un elemento inescrutable en su esencia, activo en sus manifestaciones imperfectamente llamado luz, éter, calor vital, y que es probablemente el *sensorium* del Creador; esta corriente de *fuego divino* circula a través de millones y millones de órganos, depurándose cada vez más, hasta que alcanza en la naturaleza humana el grado de pureza más alto a que puede aspirar un *idealismo terrestre.*

No es del caso impugnar esta concepción semipanteísta. Por el momento, basta que sea poética y que nuestro autor haya sabido encontrar y expresar hermosamente esta poesía.

Último adiós

Los primeros versos de esta elegía (verdadera joya de sentimiento y delicadeza) traen en seguida a la memoria el principio del canto VIII del *Purgatorio* dantesco:

Era già l' ora che volgue il desio
ai naviganti, e intenerisce il core
lo di ch' han detto ai dolci amici addio.

E che lo novo peregrin d' amore
punge, se ode squilla di lontano,
che paia il giorno pianger che si muore.

La velada de Venus

Valentísima imitación parafrástica del *Pervigilium Veneris,* obra de incierto autor latino, y aun de época incierta, si bien no parece posterior al siglo III. Está compuesta en un ritmo trocaico de carácter popular:

Cras amet qui nunquam amavit
quique amavit, cras amet:
vere novo jam canendum:
ver renatus nobis est.
.....

El *Pervigilium* ha sido atribuido con poco fundamento a algunos de los más famosos poetas de la antigüedad, entre ellos al mismo Virgilio. Otros se inclinan a suponerle composición de la época de Adriano, y le dan por autor al poeta Floro, autor de una improvisación en metro análogo al del *Pervigilium:*

Ego nolo Cæsar esse,
ambulare per britannos
.....

Otros aún le traen a época más moderna, y realmente la latinidad no es del Siglo de Oro. Tampoco, en cuanto al destino primitivo de esta poesía, hay conformidad en los humanistas, puesto que mientras unos lo suponen compuesto para ser cantado en una fiesta religiosa (la velada de Venus) y le asignan, por consiguiente, un carácter sagrado y popular, otros le suponen inspiración individual y caprichosa de un poeta que quizá haya aprovechado fragmentos de verdaderos himnos sacros, pero que los ha modificado profundamente, dándoles un carácter más subjetivo o personal, lo cual se ve principalmente en los últimos versos, que por ningún concepto parece que cuadran en una poesía escrita para ser cantada en público.

Por otra parte, abundan en el *Pervigilium* imitaciones de Lucrecio, Catulo, etc., que denuncian más bien la mano de un retórico hábil que la de un verdadero poeta popular. De todos modos, el *Pervigilium,* además de ser muy curioso por el metro, es positivamente lindo, y la traducción (o más bien paráfrasis) del señor Valera puede decirse que aventaja al original latino en grandeza y amplitud de formas y en arranque y potencia líricas.

Tu recuerdo. Al sueño.
Al Hada Melusina

Entre los poetas alemanes de segundo orden, Manuel Geibel es uno de los más beneméritos de nuestra literatura, como traductor felicísimo de muchos de nuestros romances. El señor Valera ha querido pagarle esta deuda poniendo en verso castellano tres composiciones suyas.

El ángel y la princesa

Juan Bautista de Almeida-Garrett, el más ilustre de los poetas portugueses de nuestro siglo, publicó en tres volúmenes un *Romancero,* recogido en parte de la tradición oral, aunque no con el rigor y la severidad científicos que hoy se exige en este linaje de colecciones. El segundo y tercer tomos de la de Garrett contienen verdaderos romances populares más o menos retocados por el colector; pero el primer volumen es todo de composición suya, tomando unas veces argumentos de las leyendas y cantos populares, y acudiendo otras a fuentes eruditas y extranjeras. Tal acontece con el presente romance, cuyo dato jamás ha sido popular en la Península ibérica ni en otra parte alguna que sepamos. El mismo Garrett confiesa ingenuamente que tomó su asunto de dos poemas, inglés el uno y francés el otro: *Los amores de los ángeles,* de Thomas Moore, y *La caída de un ángel,* de Lamartine. Uno y otro se habían inspirado en la antigua y errónea interpretación que algunas sectas judías y cristianas de los primeros siglos dieron a aquel pasaje del *Génesis* en que se habla de los amores de los «hijos de Dios» con las «hijas de los hombres». De esta interpretación hay ya vestigios en el libro apócrifo de «Enoc», y consiste en suponer que los «hijos de Dios» no eran los hijos o descendientes de Set, sino los propios ángeles que bajaron a la Tierra, vencidos y avasallados por la hermosura de las hijas de los hombres, y prevaricaron con ellas.

Romance de la hermosa Catalina

En la primera edición tuvo el señor Valera la humorada de llamar a este romance «traducción del portugués». Es original, sin embargo, y demuestra la singular aptitud de su autor para

asimilarse el gusto y estilo de las poesías más diversas. La presente puede rivalizar con las más ingeniosas falsificaciones de la poesía popular hechas por Garrett o por Durán.

La iglesia perdida (de Luis Uhland)
La hija del joyero. El paladín Haraldo

El autor de estas tres composiciones es harto conocido para que parezca superfluo advertir que están traducidas del alemán, en cuya literatura romántica ocupa Uhland uno de los primeros lugares, prefiriéndole algunos al mismo Tieck. Uhland es, por excelencia, el poeta legendario de Alemania; el cantor, a un tiempo brillante y melancólico, de los recuerdos de la Edad Media. Su poesía ofrece el contraste más profundo con la de Enrique Heine, que, sin embargo, habla de él con mucho elogio en su libro *Alemania.*

Firdusi

Esta composición pertenece al *Romancero,* de Enrique Heine, colección mucho menos conocida entre nosotros que su *Buch* del *Lieder* o *Cancionero,* del cual poseemos dos tan apreciables traducciones, debidas a los señores Llorente y Pérez Bonalde.

El hecho que sirve de base al poemita tan lindamente naturalizado por el señor Valera, parece histórico. El mismo Firdusi (autor del gran poema *Shah-Nameh* o *Libro de los Reyes)* se queja amargamente del malo y fraudulento pago que le dio el sultán Mahmud, de la dinastía de los Gaznavidas. Los versos en que exhala sus quejas el poeta burlado pueden leerse traducidos (probablemente en una versión inglesa) en el tomo de *Poesías árabes, persas y turcas,* del conde de Noroña (París, 1883).

Firdusi es uno de los mayores poetas del mundo, no ya sólo de Persia. Su poema no tiene la poderosa unidad del *Ramayana* o de la *Ilíada,* ni pertenece tampoco a la poesía épica genuinamente popular y espontánea, como esas dos grandes epopeyas. Más bien que poema, el *Shah-Nameh* es una serie o ciclo de poemas que comprenden toda la vida histórica y fabulosa de la Monarquía persa; una interminable crónica rimada, que esmaltan por dondequiera rasgos de genio. Firdusi había abrazado el

mahometismo; pero en él, lo mismo que en otros poetas del Irán, esta religión no pasó más allá de la corteza. En el fondo de su alma se mantuvieron fieles, si no a las antiguas creencias, por lo menos al espíritu tradicional de su raza, el cual, próximo a apagarse, se manifestó en ellos con singular esplendidez y fuerza. De aquí los elementos genuinamente épicos que en tanta abundancia contiene el inmenso poema de Firdusi, a pesar de ser obra de erudición en gran parte, nacida después del triunfo del islamismo y de la extinción del culto de los adoradores del fuego. Enrique Heine caracteriza admirablemente el poema de Firdusi al principio de esta leyenda suya, cuya traducción es uno de los mayores triunfos del señor Valera.

La oreja del diablo

El conocido hispanófilo doctor Juan Fastenrath, de quien es el original alemán de este cuento estrambótico, hubo de tomar su asunto de un relato novelesco, en prosa, que los ciegos venden por las plazas. Su título es el mismo que el de la leyenda de Fastenrath, y la edición que tenemos a la vista es del año pasado de 1885. Hay otras muy anteriores, lo cual prueba la popularidad del cuento entre las gentes de condición humilde, que consumen este género de papeles desdeñados de los doctos, por más que muchas veces se encierre en tan plebeya literatura la revelación de altos arcanos etnográficos e históricos. El presente cuento, aunque groseramente alterado y modernizado en la pésima versión que los ciegos expenden, parece ser de origen antiguo. El doctor Fastenrath le ha mejorado mucho al ponerlo en verso, suprimiendo más de las dos terceras partes de las ridículas peripecias contenidas en la relación vulgar a que aludimos, y a la cual no sería difícil encontrar similares en nuestras colecciones de cuentos y en las de otros países.

Trozos de «Fausto»

El señor Valera ha tenido siempre especial admiración por el gran poeta Goethe. En su juventud imitó el *Segundo Fausto,* cuando casi nadie le conocía entre nosotros. En su edad madura ha puesto en verso los trozos más líricos de la primera parte, trozos que van intercalados en la exacta versión en prosa publi-

cada por los señores English y Gras. Aquí aparecen estos trozos sueltos y desligados del conjunto del poema, lo cual podría dificultar algo su inteligencia, a no ser tan conocida de todo linaje de lectores cultos la obra maestra de Goethe, obra maestra también del genio alemán, y aun de toda la poesía moderna. Ofrécense aquí, pues, el *Prólogo en el cielo,* la respuesta del espíritu a la evocación de Fausto, el coro de la Resurrección, el de los soldados y los campesinos bajo los tilos, el canto de los espíritus en el corredor, la escena de la taberna en Auerbach, los preparativos del remozamiento, la *Balada del rey de Tule,* los versos que dice Margarita hilando al torno, la serenata de Mefistófeles y la solemne escena de la catedral y del *Dies iræ.* Los trozos que el señor Valera traduce, a pesar de ser los de índole más lírica y menos dramática (exceptuando el último) forman, juntos, una especie de compendio del poema, que puede refrescar agradablemente la memoria de quien ya le conozca en su integridad. Si prescindimos de la *Balada del rey de Tule* (de la cual había varias traducciones, entre las cuales sobresale la de nuestro llorado maestro don Manuel Milá y Fontanals), el presente ensayo de traducción poética del *Fausto* es el primero que recordamos haber visto impreso en nuestra lengua. Con alguna posterioridad, el insigne escritor valenciano don Teodoro Llorente ha publicado una versión poética íntegra de la primera parte del *Fausto,* trabajo que tenía comenzado muchos años hace y que ahora ha completado y retocado mucho.

Fábula de Euforión

No es traducción ni paráfrasis, sino imitación muy libre y remota del más bello episodio de la segunda parte del *Fausto,* mucho menos leída que la primera y tenida generalmente por inextricable y confusa en fuerza de su excesivo simbolismo. No lo juzga así el señor Valera, el cual hace muy ingeniosa defensa e interpretación de esta segunda parte de su estudio sobre el *Fausto,* que ha de aparecer en uno de los volúmenes sucesivos de esta colección de sus obras. Convenimos con nuestro autor en que la segunda parte sólo puede parecer un logogrifo a espíritus ignorantes, perezosos y distraídos, ajenos del todo al mundo de ideas metafísicas, estéticas y científicas en que el espíritu de Goethe se movía. Pero también se nos concederá que el símbolo y la alegoría, por transparentes que sean, y por muy altas y

trascendentales que parezcan las ideas a las cuales sirven de envoltura, traen siempre consigo un no sé qué de frialdad que es muy dañoso al arte, y que, limitándonos al caso presente, hará siempre que la segunda parte, no obstante las bellezas líricas y las profundidades metafísicas que contiene, parezca siempre inferior a la primera, y menos humana y simpática, y deleitable que ella.

Por fortuna, el episodio de *Euforión* es quizá el trozo del segundo *Fausto* que más libre se halla de estos inconvenientes. El símbolo es claro y está al alcance de cualquier lector, y la ejecución artística es de una belleza insuperable. Del consorcio del genio de las razas germánicas, representado por el Doctor Fausto, y del genio de la raza griega, personificado en la hermosa aparición de Helena, a quien con mágicos conjuros atrae Fausto del reino de las sombras, nace el genio de la poesía moderna, encarnado en *Euforión,* y sus rasgos concuerdan en general con los de lord Byron, cuya gloriosa muerte estaba muy fresca cuando Goethe escribía esta parte de su poema.

La idea de la evocación de Helena no pertenece originalmente a Goethe: estaba ya en el *Fausto* inglés de Marlowe; pero este poeta del Renacimiento no había acertado a sacar partido de tan hermosa idea, que compendiaba el espíritu del Renacimiento mismo. Sólo Goethe le dio el alcance y la trascendencia simbólica que ahora tiene, produciendo una creación tan filosófica y tan poética a un tiempo, que ya no se borrará de la memoria de los hombres, y será como el tipo y el ideal eterno y armónico de la nueva poesía.

Hay en el *Euforión* muchos rasgos, y no los peores, que pertenecen en toda propiedad al señor Valera, como puede ver el curioso que coteje esta *Fábula* con el episodio correspondiente de Goethe. Hay también imitaciones y reminiscencias de otros varios poetas, hábilmente fundidas con el tono general y dominante de la obra. Así, el bello coro en versos sáficos:

Hijo sublime de la hermosa Helena...

no niega su parentesco con el himno de Hermes, que anda entre los atribuidos por la antigüedad a Homero, y que hoy mismo se imprimen al fin de sus poemas. Tengo para mí que no hay en castellano versos sáficos de carácter tan verdaderamente clásicos como éstos del señor Valera.

Más adelante, en aquellos versos:

> Un tiempo de la cumbre que domina
> el mar de Salamina,
> un rey miró, de presunción henchido...

reconocerá todo lector curioso una imitación manifiesta del famoso canto de las islas de Grecia en el *Don Juan,* de Byron, canto que yo mismo he parafraseado en otro tiempo.

El paraíso y la peri

Esperamos que el señor Valera llevará a término su antiguo proyecto de poner en lengua castellana todo el *Lalla Rook,* colección de cuentos orientales de Thomas Moore, ingenio maravilloso, todo color, brillantez y halago mundano, que transportó a las nieblas del Norte las pompas, aromas y misterios del Oriente, como si en él hubiese retoñado el espíritu de Hafiz, de Sadi o de Firdusi. Cuatro son los cuentos en verso que forman el collar de perlas llamado *Lalla Rock: El velado profeta del Korassan, El Paraíso y la peri, Los adoradores del fuego y La luz del Haram.*

Hasta ahora, el señor Valera no ha traducido más que el segundo, menos épico que los restantes, pero lleno de gracia y de hermosura líricas. Para facilitar la inteligencia de este trozo de poesía, un tanto extraño a nuestras costumbres y habituales lecturas, nos ha parecido conveniente añadir algunas notas tomadas de las que acompañan al original inglés de Moore, a quien yo tengo por el tercero de los poetas británicos de su tiempo, después de Byron y de Shelley:

I. En el lago de Cachemira existen muchas islas. La isla por excelencia a que el poeta alude parece ser la conocida con el nombre de Char Chenaur.

II. Al lago de Sing-suhay va a parar el Altan-Kol o «río de oro» del Tíbet, así llamado por el que arrastra en sus arenas.

III. Suponen los mahometanos que los cometas son los dardos que los ángeles buenos disparan contra los malos cuando quieren escalar el empíreo.

IV. Los cimientos del Chilminar son las ruinas de Persépolis. Suponen los persas que el palacio y los edificios de Balbeck fueron edificados por los genios con el propósito de enterrar en sus subterráneos innumerables tesoros que permanecen allí todavía.

V. Mahmud de Gasna, o más bien el *Gaznavida,* conquistó parte de la India a principios del siglo XI de nuestra Era, y persiguió de la manera más cruenta los antiguos cultos, arrebatado por el fanatismo musulmán. Hacía gala de adornar a sus perros con los collares sagrados.

VI. En las «montañas de la Luna» se ha supuesto que nacía el Nilo, a quien los abisinios designan con el nombre de *El Gigante.*

VII. Con el nombre de «país de las rosas» (Suristán) designan los orientales a la «Siria» (de «suri»), por las bellas y delicadas especies de rosas que hicieron célebre aquel país en otros tiempos. Tal es a lo menos la opinión de algunos viajeros, seguida por Thomas Moore.

VIII. Alude a la «lluvia milagrosa» que cae en Egipto precisamente en el día de San Juan, y se supone que tiene la virtud de ahuyentar la peste.

IX. «Shadukiam», la de las torres de diamantes, es una ciudad, capital de región, en el reino de Jennistán. También se la apellida «ciudad de las joyas». «Amerabad» es otra de las ciudades de Jennistán.

Las aventuras de Cide-Yahye

Sobre este poema, que, desgraciadamente, no ha sido terminado, basta referirnos a la carta-prólogo del señor Valera. ¿Qué interpretación más autorizada? El pensamiento filosófico que en el poema domina pertenece, como casi todos los del autor, a la filosofía neoplatónica o alejandrina. Ni ha de parecer impropio poner tales sutilezas en la mente de un príncipe árabe-andaluz, puesto que precisamente tuvieron muchos secuaces y egregios intérpretes en los filósofos mahometanos y judíos de nuestra raza, tales como Avempace, Tofail y Ben-Gabirol.

Éste, en su famoso libro *Makor Hayin,* o *Fuente de la vida,* nos enseña que «la forma» (concepto análogo en su sistema al de la «idea») es luz perfecta, pero que, conforme se difunde en la materia y va concentrándose y adquiriendo sucesivas determinaciones, pierde mucho de su integridad y de su pureza, y se empaña, y se contamina, y se hace más espesa.

Por el contrario (añade el poético filósofo zaragozano o malagueño), «si quieres imaginar las sustancias simples y el modo como tu ausencia las penetra y contiene, es necesario que eleves

tu pensamiento hasta el último ser inteligible; que te limpies y purifiques de la inmundicia de las cosas sensibles; que te desates de los lazos de la Naturaleza, y que llegues, por la fuerza de tu inteligencia, al límite extremo de lo que te es posible alcanzar de la realidad de la sustancia inteligible, hasta que te despojes, por decirlo así, de la sustancia sensible, como si nunca la hubieras conocido. Entonces tu ser abrazará todo el mundo corpóreo, lo colocarás en uno de los rincones de tu alma, entendiendo cuán pequeña cosa es el mundo insensible al lado del mundo inteligible. Entonces las formas espirituales se revelarán a tus ojos, y las verás alrededor de ti y bajo ti, y te parecerá que son tu propia esencia... Y si asciendes a los últimos grados de la sustancia inteligible, te parecerán los cuerpos pequeños e insignificantes y verás el mundo entero corpóreo nadando en ellos como los peces en el mar o los pájaros en el aire».

Por no haber ascendido a esta sublime Metafísica; por haberse empeñado en materializar y hacer corpórea la idea inmaculada que vivía en su mente; por haber tratado, nuevo e infeliz Pigmalión, de hacer respirar y moverse a la Galatea de su pensamiento, tuvo que pasar el pobre rey de las Alpujarras, héroe de este cuento, todas las tribulaciones que el señor Valera se proponía relatar en los cantos sucesivos de su poema. Hay aquí un problema metafísico punto menos que insoluble. La materia (y el mismo Ben-Gabirol lo reconoce) no puede existir desnuda de forma: la existencia de una cosa sólo por la forma se determina o se realiza. Todo ser es o inteligible o sensible, y el sentido y el entendimiento humanos únicamente se aplican a formas sensibles o inteligibles. De aquí que la esencia o la idea jamás lleguen, en este bajo mundo, a realizarse en su integridad y pureza, ni se pronuncie nunca del todo en los oídos humanos aquella palabra inefable que el Altísimo imprimió en la materia. Sólo en una esfera superior a la de la ciencia humana pueden hallar satisfacción estos místicos y suprasensibles anhelos.

Del cuento de Boccaccio que el señor Valera pensó tomar como armazón de su poema, mucho pudiera decirse, con sólo copiar lo que escriben los comentadores del *Decamerone,* especialmente Manni en su *Historia* de aquel famoso libro. Du-Méril, en su estudio sobre las fuentes de los cuentos de Boccaccio, inserto en sus *Prolegómenos a la historia de la poesía escandinava,* y otros muchos eruditos que fuera prolijo enumerar, y que dan amplia noticia de todos los viajes, transmigraciones y ex-

traordinarias vicisitudes de la fábula de Alaciel, novia del rey de Garba o más bien del Algarbe. Pero como quiera que nuestro autor no llegó a hacer uso del cuento de Boccaccio, prescindimos aquí de erudición tan fácil, limitándonos ahora a recordar que no es el señor Valera el único que ha creído encontrar un sentido melancólico y profundo en el cuento, a primera vista ligero y pintoresco, del alegre novelador florentino. Lo mismo opina Emilio Montégut en un reciente estudio inserto en su libro *Poetas y artistas de Italia.*

En la estrofa que comienza

> Eres semejante al alma
> de amor al Amor objeto...

se alude de una manera bien clara a la fábula de *Psiquis y el Amor,* referida de un modo tan poético e interesante en *El asno de oro,* de Apuleyo, e interpretada por los gnósticos y neoplatónicos en un sentido idealista análogo al que predomina en la leyenda de nuestro autor.

Elegía de Abul-Beka, de Ronda, a la pérdida de Córdoba, Sevilla y Valencia

El señor Valera ha traducido del alemán la excelente obra del barón Adolfo Federico de Schack acerca de la *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia.* Los versos de poetas árabes hispanos que Schack traduce al alemán y que forman la mayor parte de su libro, los pone igualmente el señor Valera en verso castellano. Pero como quiera que la traducción de Schack ha de formar parte de esta colección, y que la mayor parte de las poesías dadas a conocer por aquel orientalista reclaman forzosamente el auxilio del comentario en prosa, sólo ha querido el señor Valera insertar en esta colección una muestra, eligiendo, con buen acuerdo, la famosa elegía del rondeño Abul-Beka, encaminada a deplorar las calamidades que cayeron sobre el Islam con motivo de las gloriosas conquistas llevadas a término por San Fernando y por Jaime I de Aragón. De estas elegías a la pérdida de ciudades hay en la literatura arábiga de la Península muchos ejemplares, insertos generalmente en los libros de Historia (véase, pongo por caso, la elegía del moro de Valencia en

la *Crónica general);* pero quizá esta composición de Abul-Beka sea el tipo más perfecto y más puro de tal género de lamentaciones. Nuestro traductor la ha puesto en coplas de pie quebrado, semejantes a las de Jorge Manrique, lo cual, unido a ciertos solemnes giros oratorios acerca de la inestabilidad de las grandezas humanas, parece darle un remoto aire de analogía con los inolvidables versos de aquel ingenio castellano a la muerte de su padre. Pero si se lee traducida literalmente en prosa esta elegía, la semejanza no resulta tan clara ni con mucho. Y, por otra parte, prescindiendo de la dificultad casi insuperable de que una poesía árabe de índole tan culta y literaria hubiera podido nunca ser popular ni conocida en Castilla (fenómeno que sería único y, por tanto, inexplicable en la historia de nuestras letras), no cabe duda que la semejanza es en pensamientos comunes, los cuales se hallan en poetas de todas las naciones y edades y aun en los mismos libros de la Sagrada Escritura, y que, sin salir de su propia casa y familia, encontró Jorge Manrique cuantos materiales necesitaba para su elegía en las coplas de su tío Gómez Manrique «al contador Diego Arias de Ávila», que fueron, sin duda, su verdadero modelo:

En esta mar alterada
por do todos navegamos,
los deportes que pasamos,
si bien lo consideramos,
no duran más que rociada.
¡Oh, pues, tú, hombre mortal,
mira, mira,
cuán presto la rueda gira
mundanal!

Si desto quieres enxiemplos,
mira la grand Babilonia,
Tebas y Lacedemonia,
el gran pueblo de Sydonia,
cuyas murallas y templos
son en grandes valladares
transformados,
e'sus triunfos tornados
en solares.

Pues si passas las historias
de los varones romanos,
de los griegos y troyanos,
de los godos y persianos,

dignos de grandes memorias,
no fallarás al presente
sino fama,
transitoria como flama
d'aguardiente, etc., etc., etc.

RECO. LAS HOJAS QUE CANTAN.
EL DESTRUCTOR DE LOS ÍDOLOS.
EL MAYORAL DEL REY ADMETO

Estas cuatro composiciones están imitadas, o más bien parafraseadas, de otras del poeta norteamericano James Russell Lowell. El señor Valera prepara un trabajo extenso acerca de la poesía inglesa de los Estados Unidos, de la cual entre nosotros sólo han sido conocidos hasta ahora los nombres de Longfellow, de Cullen Bryant y de Edgar Poe, y aun este último más bien en concepto de narrador excéntrico que de poeta lírico. Como muestras y primicias de este trabajo, nos ofrece en la presente colección el señor Valera algunas composiciones de Lowell, de Whittier y de Story.

Russell Lowell, lo mismo que Whittier, pertenecen, por su nacimiento, a los Estados de Nueva Inglaterra, que parecen ser o haber sido el foco intelectual de la América del Norte. Por sus aficiones clásicas, por su vasta cultura, por el primor de la forma, Russell Lowell ha sido considerado por muchos como el verdadero tipo del *literato* americano, tanto o más que el mismo Longfellow. Y, sin embargo, Russell Lowell debe su mayor popularidad a una serie de versos políticos, *The Biglow Papers,* en los cuales, para asegurar el efecto inmediato, no temió el autor recurrir a los vulgarismos y *yanquismos* más enérgicos de las provincias en que había nacido, olvidados unos y no admitidos nunca otros en la lengua inglesa clásica. Hasta la ortografía es rara e insólita en este poema, que exige y lleva un índice y un glosario.

Pero prescindiendo de estas composiciones, cuyo interés es un tanto local y transitorio, aunque arguyen despejado ingenio y grande audacia filológica, lo que con más agrado puede leer un extranjero en la colección de Russell Lowell son, sin duda, las composiciones inspiradas por aquella serena intuición clásica, que él ha sabido comprender y expresar tan lindamente en la oda que comienza:

In the old days of awe and kee-eyed wonder,
the poet's song with blood-warm truth was rife.
He saw the mysteries which circle under
the out ward shell and skin of daily life.
Nothing to him were fleeting time and fashion,
his soul was led by the eternal law.
There was in him no hope of fame, no passion,
but with calm, godlike eyes he only saw.

A este género corresponden *Reco* y *El mayoral del Rey Admeto (The Sheperd of king Ametus).* En esta última hace Russell Lowell, con extraordinaria y profunda sencillez, la apoteosis de la primitiva cultura humana, labrada por las artes del espíritu, en aquel período rudimentario en que la Naturaleza hablaba de un modo tan directo y eficaz a los mortales:

It seemed the loveliness of things
did teach him all their use,
for, in mere weeds, and stones, and springs,
he found a healing power profuse.

Pero el *idilio de «Rhoecus»* es el más acabado espécimen del nuevo género de leyenda clásica que Russell Lowell ha puesto en boga. Compuesto este idilio en versos sueltos, y traduciéndolo el señor Valera en el mismo metro, ha podido trasladar a su versión todas las gracias íntimas y delicadas del original. Un sentido ético muy puro y elevado viene en esta leyenda a depurar y engrandecer el antiguo mito, dándole valor de poesía eterna y universal, de aquella poesía que tiene lágrimas y flores para todas las cosas creadas, especialmente para las que son ternezuelas, débiles y humildes. Hay un profundo espíritu de caridad en el fondo de la fábula de *Reco,* y él constituye la mayor originalidad de este poemita tan limpio y sosegado, fusión perfecta del aliento *plasmador* y estético de la teogonía clásica con la ardiente aspiración moral, propia y característica de las razas del Norte.

La balada *The Singin Leaves,* y la que se titula *Mahmood the imagebreaker* pertenecen a distinto género y acaban de probar que el cosmopolitismo es la nota característica de la poesía yanqui, así en Russell Lowell como en Longfellow y en Story, hábiles todos en remedar las inspiraciones de los pueblos más diversos, haciéndose por breve espacio solidarios de su modo de sentir y de sus concepciones poéticas o religiosas. En este concepto, más que en otro alguno, ha dicho Edmundo Clarence Stedman, en su

reciente libro *Poets of America,* que Russell Lowell es, por excelencia, el hombre de letras americano, *our representative man of letters,* considerándole, además, como un *fine exemplar of culture,* y añadiendo que algunos le han llamado *ciudadano del mundo.* Stedman, sin embargo, reclama vigorosamente los derechos de americanismo a favor de la poesía de Lowell, estimándole como el tipo más perfecto de la cultura en los Estados del Este.

Russell Lowell nació cerca de Cambridge, el 22 de febrero de 1819, y vive aún. Stedman compara la leyenda de *Reco* con la más bella de las *Helénicas* de Landor, la *Hamadríada.*

Praxiteles y Friné

Traducida libremente de unos versos de William Wetmore Story, hombre de muy varios talentos y aptitudes, literato, pintor, escultor, medio italiano en sus gustos, muy refinado en su dicción, y lo menos americano posible en el carácter habitual de sus producciones. Como poeta es secuaz de Browning. De todas las poesías de Story, las que alcanzan mayor estimación son *Praxiteles* y *Friné y Cleopatra.*

Luz y tinieblas

El original de esta poesía es de John Greenleaf Whittier, poeta norteamericano, en nada semejante a los anteriores y de especie más alta que ellos. Whittier es un poeta casi místico, una especie de cuáquero fervoroso, un apóstol de la filantropía y de los sentimientos humanitarios. Durante la guerra llamada de Secesión, los cantos de Whittier (el cual, por la secta a que pertenece, no podía empuñar las armas) contribuyeron, tanto como las armas mismas, a la emancipación de millones de esclavos y al triunfo del derecho y de la justicia. La colección titulada *Voices of Freedom* es el principal monumento de esta lucha. Como poeta religioso (prescindiendo de sus errores de secta, de los cuales, por otra parte, no hace mucha ostentación) es, sin duda, uno de los más fervorosos e ingenuos de nuestro siglo, menos reflexivo y perfecto que Manzoni, pero lleno de ternura y devoción y de amor sin límites a la Humanidad redimida, y aquejado sin cesar por la nostalgia de lo infinito. En muchos de sus versos ha tenido la suerte de expresar conceptos elevadísimos

y de eterna verdad, que pueden y deben ser admitidos por todas las comuniones cristianas, incluso la que tiene la excelencia de conservar el depósito sagrado y venerando de la tradición católica. Así, por ejemplo, en los versos *The Shadow and the light,* que el señor Valera ha imitado (mejorándolos no poco, a mi entender), Whittier ha acudido a mojar sus labios en una fuente purísima, en el libro VII de los *Soliloquios,* de San Agustín. Él mismo pone al frente de su composición el pasaje del doctor de Hipona y le alude al principio en términos claros:

The fourteen centuries fall away
between us and the Afric Saint,
and at his side we urge to day,
the inmemorial quest and old complaint.

Whittier no se ha inspirado sólo en el libro VII de los *Soliloquios* (que tenemos tan hermosamente traducidos a nuestra lengua por el padre Rivadeneira), sino también en el décimo: «Dentro estabas, y yo fuera, y allí te buscaba... Conmigo estabas, y yo no estaba contigo, porque me apartaban de Ti aquellas cosas que, si no existieran en Ti, no tendrían existencia. Tarde te he amado, hermosura siempre antigua y siempre nueva...» *(Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova,* etc., etc.)

La idea del infinito Océano de luz y de amor, que se vierte y derrama sobre el Océano de la noche y de la muerte, pertenece a Jorge Forx, padre de la secta de los cuáqueros, o a lo menos Whittier la ha tomado de él.

Al contrario de Russell Lowell y de Longfellow, Whittier es uno de los tipos más puros y más acentuados de la primitiva raza colonizadora de la América inglesa. Tiene el mismo entusiasmo, la misma virilidad y la misma unción que los primeros emigrantes de su secta. Guillermo Penn le reconocería por uno de los suyos. Sin embargo, el cuaquerismo de Whittier es un tanto disidente y heterodoxo, aun dentro de su secta, y aparece influido por nuevas ideas filosóficas.

Con ser tan copiosa esta colección de poesías del señor Valera, aún no figuran en ella todas las que ha escrito y dado a la luz. Faltan, no sólo las traducciones de poetas árabes publicadas en el *Schack* (entre las cuales descuella la casida de Aben-Hamdis sobre el vino de las monjas de Siracusa), sino también los dos idilios que van insertos en la novela *El Comendador Mendoza.* Como el primero de estos idilios es una de las mejores inspira-

ciones de nuestro poeta, se nota y advierte aquí la falta, para que el lector de buen gusto vaya a buscarlos en la novela de que forman parte, y con cuya acción están enlazados. Falta, por último, el picaresco poema *Arcacosúa,* que por razones de varia índole, entre las cuales no es la menos fuerte la de no conservarlo su autor, ni haber podido nosotros dar con él en nuestras investigaciones, se quedará por ahora en la sombra, a pesar de su gracia y desenfado, el cual, por otra parte, no traspasa los términos de la razonable libertad que siempre se concedió a nuestros ingenios.

[Madrid, Tello, 1885, págs. 503-550.]